

Iniciativa francesa en el Mediterráneo: ¿Retorno a la casilla de salida?

Jean-Robert Henry

Director de Investigación en el Centro Nacional para la Investigación Científica, (CNRS),
Institut de Recherches et d'Études sur le Monde Arabe et Musulman (IREMAM), Aix-en-Provence

Antes de perder gran parte de su razón de ser por las negociaciones intereuropeas del primer trimestre de 2008, el proyecto francés de Unión Mediterránea ha perturbado la rutina de las relaciones euromediterráneas durante todo el transcurso de 2007. Lanzado el 7 de febrero en Toulon, en plena campaña electoral, por Nicolas Sarkozy, el proyecto fue solemnemente confirmado por el nuevo Presidente la noche de su elección, el 6 de mayo, como un objetivo prioritario de la diplomacia francesa. Más tarde, a lo largo de las intervenciones presidenciales, el concepto ha sufrido una serie de reformas y de correcciones que lo han alejado sensiblemente de su esquema inicial y lo han reenfocado progresivamente en la línea del Proceso de Barcelona. A la luz de estas grandes maniobras diplomáticas, que se prolongarán probablemente durante la presidencia francesa de la Unión Europea (UE), cabe preguntarse cómo intentar interpretar la nueva política mediterránea francesa y qué lecciones aprovechar para comprender mejor los desafíos de las relaciones entre Europa y el sur de Europa.

Del argumento electoral...

Incluso si la campaña presidencial de Nicolas Sarkozy ha potenciado la idea de ruptura sistemática con el pasado, el discurso del 7 de febrero de 2007 en

Toulon –destinado a un público de repatriados– no es en realidad más que la continuación de una serie de reacciones o de iniciativas que responden al estancamiento progresivo del Proceso de Barcelona, sellado por el fracaso de la Cumbre del Xº Aniversario celebrado en noviembre de 2005. Para los actores de la política mediterránea de Europa –especialmente, en Francia,– la ilusión de que este proceso podía ser remodelado se ha alejado cada vez más, y se han empezado a buscar en otras direcciones los medios para superar las disfunciones del Partenariado Euromediterráneo. Ya desde 2001, los países europeos ribereños del Mediterráneo occidental habían reactivado el diálogo 5+5 al hacer valer las complementariedades económicas y culturales propias de esta región que se ha salvado de los conflictos de Oriente Medio (Chevalier y Pastré, 2003). Velando por que este diálogo no entrase directamente en competencia con el Proceso de Barcelona sino que convergiese con las «cooperaciones reforzadas» del sistema euromediterráneo, estos países se habían jactado de haber logrado mantener una cumbre de jefes de Estado y de Gobierno en Túnez en diciembre de 2003, y de haber hecho avanzar la cooperación en ámbitos tales como defensa, en los que el Proceso de Barcelona no había conseguido abrirse camino. En círculos de responsables más o menos confidenciales, también se planteó en esta época el futuro de las relaciones euromagrebies, sin excluir ningún escenario, incluido el de una ampliación hacia el sur¹.

En Francia, en el último año de la presidencia de Jacques Chirac se sucedieron a un ritmo acelerado otras respuestas a las deficiencias del Proceso de Barcelona: en un año, se asistió a una «reactivación» sin futuro del Diálogo Euro-árabe (abril de 2006), a la ini-

¹ Consultar, por ejemplo, las conclusiones de la reunión organizada en París el 25 de octubre de 2004 a puerta cerrada por el Instituto de Estudios de Seguridad de la UE.

ciativa del « *Atelier culturel méditerranéen* » (septiembre de 2006), y al fortalecimiento del Partenariado Francomagrebí por parte del ministro de Asuntos Exteriores (marzo de 2007). Esta estrategia profusa y desordenada pone de manifiesto, sin embargo, la obsesión mediterránea de la diplomacia francesa, una preocupación de que parece haberse hecho eco la derecha que la izquierda durante la campaña presidencial: la candidata socialista ha mantenido un silencio prudente sobre el tema que contrastaba con la visión mucho más audaz de las relaciones entre Europa y el sur de Europa que Dominique Strauss-Kahn ya había esbozado.

Además de la seguridad colectiva, la Unión Mediterránea tendría cuatro prioridades: el control y la gestión de los flujos migratorios, el medio ambiente, el codesarrollo y la lucha contra la corrupción, el crimen organizado y el terrorismo

A partir del discurso de Nicolas Sarkozy en Toulon, el proyecto de «Unión Mediterránea» predomina en el debate. La argumentación elaborada por Henri Guaino, consejero del Presidente y antiguo comisario del Plan, seduce por su larga introducción en la que toma prestadas referencias, explícitas o no, a Braudel, Valéry, Camus, Morin... Considerando que «el futuro de Europa se juega en el Mediterráneo», desarrolla la visión de una Unión Mediterránea que debe ser construida «sobre el modelo de la Unión Europea». Sin embargo, se comprende enseguida que la necesidad de conceder a Turquía, a la que Nicolas Sarkozy no quiere en Europa, un lugar importante en los equilibrios regionales es un motivo importante para la creación de este nuevo conjunto. Asimismo, la generosidad del propósito inicial deberá ser moderada una vez que se aborden concretamente los objetivos del proyecto: además de la seguridad colectiva, la Unión Mediterránea tendría cuatro prioridades: la primera es el control y la gestión de los flujos migrato-

rios, las siguientes están relacionados con el medio ambiente (ya cubierto por el Convenio de 1976), el codesarrollo, y, por último, la lucha contra la corrupción, el crimen organizado y el terrorismo. Como podemos observar, las principales preocupaciones se refieren a la seguridad.

La idea de Unión Mediterránea, en cuanto a sus finalidades, modalidades y ambigüedades se hace eco de la «comunidad mediterránea» que Jean-Louis Guigou pretendía promover desde hace dos años desde la izquierda: se trata de colocar sobre los escalones meridionales de Europa un subregionalismo benévolo y pacífico, que tome el relevo del proyecto europeo sin tener la magnitud de sus competencias y sin entrar en competencia con él. La necesidad de construir «una zona de paz, de seguridad y de prosperidad compartida entre los pueblos del Mediterráneo» había sido también mencionada en mayo de 2005 después de muchos otros políticos franceses, por Michel Barnier, ministro de Asuntos Exteriores². Por otra parte, es manifiesto que el concepto de Unión Mediterránea se inspira en dos experiencias anteriores de organización de relaciones entre países ribereños del norte y el sur del Mediterráneo: el diálogo 5+5 y el Foro Mediterráneo a 11, también llamado «Foro Francoegipcio»³. La Unión Mediterránea constituye una tercera y última etapa de esta cooperación entre países ribereños, que quizá hubiera podido ser avalada sin contratiempos por los socios europeos de Francia si se hubiera llevado la iniciativa de forma menos ostentosa.

... a la gran maquinaria diplomática

Desde la noche de su victoria electoral, el nuevo Presidente optó por subrayar la importancia que tiene en su opinión la apuesta mediterránea, al lanzar un llamamiento solemne a los socios surmediterráneos. Su proyecto de Unión Mediterránea pretende ser a la vez una «nueva figura de la política árabe de Francia» y una visión innovadora de organización del espacio mediterráneo, en un contexto en que la crisis latente del sistema europeo alienta iniciativas particulares. Desde julio, Nicolas Sarkozy viaja al Magreb para promocionar su proyecto. Sin embargo, el via-

² Entrevista concedida al periódico argelino *El Watan* el 8 de mayo de 2005.

³ Hayète Cherigui ha publicado sobre el tema de los estudios fundadores, en particular: *La politique méditerranéenne de la France, entre diplomatie collective et leadership*. Paris: L'Harmattan, 1997, y «La politique méditerranéenne de la France : un instrument de leadership dans l'espace régional». En *Politiques méditerranéennes entre logiques étatiques et espace civil* (dir. J.R. Henry y G. Groc). *Annuaire de l'Afrique du Nord*. Karthala, 2000.

je resulta más bien decepcionante: Marruecos, el país más comprometido en los problemas mediterráneos, rechaza educadamente la idea de una visita relámpago; el Presidente Bouteflika apenas reacciona a los propósitos de su homólogo francés y solo el Presidente tunecino se muestra favorable. En cuanto al apoyo de Libia, justo después de la conclusión del asunto de las enfermeras es, como mínimo, ambiguo. Del lado europeo, España e Italia manifiestan un interés educado e inquieto, pero la irritación de otros socios europeos como Alemania no tarda en hacerse patente. La creciente intensidad de estas reticencias explica las correcciones sucesivas que serán aportadas al proyecto de Unión Mediterránea en el discurso del Presidente ante los embajadores de Francia el 27 de agosto, y más tarde en su discurso pronunciado en Tánger en octubre y, por último, durante las entrevistas de Roma a finales de diciembre con sus homólogos italiano y español, antes del último compromiso franco-alemán que será avalado en marzo de 2008 por el Consejo Europeo. El discurso del 27 de agosto deja entrever una inflexión modesta de la postura inicial de Nicolas Sarkozy frente a la adhesión de Turquía a la UE: no la rechaza totalmente, pero la condiciona a una reflexión comunitaria sobre los límites de Europa. Por otra parte, se retocan los cuatro pilares de la Unión Mediterránea: el control de los flujos migratorios, primer objetivo del discurso de Toulon, desaparece en beneficio del «diálogo de las culturas». El enfoque cultural ocupa, por otra parte, un lugar central en el pensamiento del Presidente: vuelve en varias ocasiones a tratar el gran «desafío» futuro que constituye la «confrontación entre el islam y Occidente». Para neutralizar este desafío, Nicolas Sarkozy propone instituir la Unión Mediterránea, pero también ayudar a los «países musulmanes» a acceder a la electricidad nuclear. Esto no es válido, sin embargo, para Irán, que el Presidente francés considera principal instigador de los problemas en Oriente Medio. En conjunto, se ve con claridad que la amistad de Francia con los países árabes y musulmanes tiene menos importancia en la visión presidencial que el apoyo reiterado a la seguridad de Israel. En los meses siguientes, el Presidente de la República nombró a personas y equipos encargados de seguir el proyecto de Unión Mediterránea y de ex-

plicárselo a los socios europeos de Francia. El embajador Alain Le Roy es designado para conducir el proyecto. Tienen lugar reuniones de trabajo y coloquios en Francia y en diferentes países interesados. Alrededor del proyecto pululan consejeros espontáneos y buzones de sugerencias que proponen soluciones para superar las críticas que éste suscita y las dificultades a las que se enfrentan⁴. Porque las reticencias de los socios de Francia no disminuyen. En concreto, a Alemania no le ha gustado la falta de concertación diplomática, contraria a un uso sólidamente establecido del eje franco-alemán, ni lo que considera una exclusión de la escena mediterránea. A principios de diciembre, Angela Merkel lamentó públicamente la emergencia de un proyecto rival al proyecto europeo. Por su lado, Miguel Ángel Moratinos, ministro español de Asuntos Exteriores, aboga por un «Barcelona plus».

El único elemento político del proyecto de Unión para el Mediterráneo que subsiste es la copresidencia de la nueva Unión, atribuida a dos países ribereños del norte y del sur

Nicolas Sarkozy toma en consideración parcialmente estas objeciones en un nuevo discurso sobre la Unión Mediterránea pronunciado en Tánger el 23 de octubre, con ocasión de una visita de Estado a Marruecos. Insiste en el aspecto pragmático del proyecto, que debe ser una «Unión de proyectos», con una organización ágil y centrada sobre el codesarrollo. Se vuelven a afirmar las prioridades culturales y educativas. Consciente de que su proyecto debe evitar entrar en competencia con otros modos de cooperación regional, el Presidente confirma que la Comisión Europea debe estar plenamente coordinada con la Unión Mediterránea, pero se limita a ofrecer la condición de observador a los países europeos no ribereños como Alemania. Para terminar, invita a los jefes de Estado y de Gobierno de los países ribereños del mediterráneo a participar en una Conferencia constitutiva de la Unión Mediterránea que se ce-

⁴ Consultar en particular el Informe del Grupo de Expertos reunido por el Instituto del Mediterráneo sobre el proyecto de Unión Mediterránea, dirigido por J.L. Reiffers, realizado entre julio y septiembre de 2007 y publicado en octubre. Algunas propuestas de este informe han sido integradas en el proyecto de Unión Mediterránea (sobre, por ejemplo, la comunidad del conocimiento). Otras, sin embargo, muy pertinentes (sobre las cooperaciones reforzadas o sobre la asociación de Alemania) apenas han sido tomadas en consideración.

lebrará en París, en julio de 2008, al comienzo de la presidencia francesa de la UE.

Demasiadas incoherencias, improvisaciones y efectos publicitarios han desvalorizado la iniciativa francesa, perjudicado la imagen exterior del país y suscitado en Francia la reserva de los medios diplomáticos

El 20 de diciembre, días después de la sorprendente visita de Estado del Presidente Gaddafi a París, una cumbre reúne a los dirigentes franceses, italianos y españoles en Roma, con el objetivo de conciliar mejor el proyecto francés con los imperativos europeos. Se adopta el «Llamamiento de Roma para el Mediterráneo», que afirma que «la Unión por el Mediterráneo tendrá como vocación reunir a Europa y a África alrededor de los países ribereños del Mediterráneo». La fórmula es de José Luis Rodríguez Zapatero, que la prefiere a la de Unión Euromediterránea defendida por su ministro de Asuntos Exteriores. Los franceses tienen la esperanza de conservar en esta Unión una singularidad política con respecto a los mecanismos europeos, incluso si la labor específica de la nueva estructura fuese el desarrollo de proyectos complementarios a los ámbitos abarcados por el Proceso de Barcelona. Tras un último compromiso con los alemanes, esta apelación vaga de Unión por el Mediterráneo es la que llegará finalmente a consenso durante la reunión del Consejo Europeo que tuvo lugar los días 13 y 14 de marzo de 2008, pero privada de contenido y rebajada al rango de subtítulo del «Proceso de Barcelona» a duras penas salvado de su torpeza. Desde entonces, se puede considerar que la idea de Unión Mediterránea ha sobrevivido; la nueva configuración está integrada en la lógica euromediterránea, incluidos los «proyectos» que pretenden ser ampliamente financiados por Bruselas. El único elemento político del proyecto de Unión para el Mediterráneo que subsiste es la copresidencia de la nueva Unión, atribuida a dos países ribereños del norte y del sur. Es muy probable que esta reanimación laboriosa del Proceso de Barcelona dé lugar a nuevos cambios y malentendidos, bajo la presidencia francesa de la UE.

Contradicciones persistentes

A lo largo de sus sucesivas rectificaciones, el proyecto francés de Unión Mediterránea ha evolucionado por tanto considerablemente, incluido su título, sin conseguir borrar la sensación de improvisación permanente ni suprimir las contradicciones del proyecto que han dejado perplejos tanto a los socios de Francia como a los observadores. Hay tres contradicciones principales dignas de mención.

- ¿Cómo delimitar el espacio europeo y el espacio mediterráneo, cuando presentan zonas comunes? Para Nicolas Sarkozy, la doble pertenencia de Francia a estos espacios es evidente, pero tiene dificultades para admitir la ligazón histórica y espacial de Turquía a Europa, como así lo demuestran sus propuestas realizadas a algunos parlamentarios europeos en Estrasburgo: para él, la separación de las civilizaciones se impone sobre otras consideraciones.
- ¿Cómo gestionar la articulación funcional entre la UE y la nueva Unión? En cuanto a los miembros de la Unión Mediterránea convertida en Unión para el Mediterráneo, las respuestas del Presidente han cambiado a lo largo de los diferentes discursos: enseguida acepta que la CE se asocie totalmente al proyecto, pero no se planteará más que a partir del encuentro de Roma la participación de miembros europeos no ribereños. De hecho, la reunión del Consejo Europeo del 14 de marzo de 2008 impuso claramente la presencia de todos los miembros de la UE en el dispositivo. En cuanto al reparto de competencias, no es desde luego posible para los Estados europeos ribereños del Mediterráneo delegar en la nueva Unión competencias que previamente hayan confiado a la UE: sus atribuciones no pueden ser más que complementarias o subsidiarias, lo que han admitido finalmente los promotores de la Unión Mediterránea pasando al concepto de una «Unión de proyectos». Curiosamente, han tardado en sacar partido de las posibilidades ofrecidas en el derecho europeo por el espíritu de las «cooperaciones reforzadas».
- Última contradicción, el desfase –constante en todos los discursos de Nicolas Sarkozy– entre idealismo y realismo, entre la audacia lírica de las perspectivas y la modestia de las proposiciones concretas. Se impone la sospecha de instrumentalización de la retórica mediterránea cuando constatamos hasta qué punto ésta se con-

tradice con los objetivos de seguridad perseguidos: estamos lejos de la articulación entre la utopía fundadora y política de lo posible que caracteriza el modelo europeo. A éste se invoca con fuerza para inventar la Unión Mediterránea, pero se olvida la esencia de su contenido y su finalidad, es decir la dimensión humana. No se trata de hacer de la Unión Mediterránea, a semejanza de la UE, un espacio humano común: seguimos en el esquema del Proceso de Barcelona que bendecía —y es una de las principales razones de su fracaso— el divorcio entre espacio económico y espacio humano.

Giro decisivo en la política mediterránea de Francia

Por último, el balance de estas maniobras mediterráneas parece decepcionante para Francia y se puede incluso hablar de despilfarro. No queda gran cosa del proyecto de Unión Mediterránea, salvo lo que los españoles y alemanes han tenido a bien ayudar a salvar. Comprometida como estaba, era previsible desde el principio que la operación fracasaría y que posiblemente España recogería una parte de la apuesta como en 1995. Incluso el repliegue del esquema político sobre otros «proyectos» concretos (hidráulico, transportes, nuclear, reforma educativa...) favorables a los intereses franceses, parece destinado a aceptar el control europeo.

La forma en que se ha conducido la operación justifica plenamente las críticas. Demasiadas incoherencias, improvisaciones y efectos publicitarios han desvalorizado la iniciativa francesa, perjudicado la imagen exterior del país y suscitado en Francia la reserva de los medios diplomáticos. Existe la sensación de que los actores franceses, empezando por el Presidente, han sido prisioneros de una fórmula pensada precipitadamente sin preocuparse de las contradicciones y de una comunicación exhibicionista.

El periodista Daniel Vernet habló en *Le Monde* de «quimera» a propósito de la Unión Mediterránea. El término es sin duda excesivo en la medida en que el proyecto intentaba responder, con torpeza, a problemas reales, y sabemos que no ha cesado de ser corregido. Sin embargo, el resultado de un año de inversión diplomática francesa en esta «obra capital» da pena. Por otra parte, el reproche más grave que se puede hacer a este proyecto es que ha servido, involuntariamente o no, de cortina de humo o de tapadera a

los cambios de fondo llevados a término desde hace un año en la política mediterránea de Francia. Las variaciones sobre La Unión Mediterránea ya no disimulan una deriva atlantista, contra la que Hubert Védrine había prevenido en su informe al Presidente de la República (Védrine, 2007, p.63).

Varios posicionamientos confirman este giro atlantista, que dilapida en el Mediterráneo un patrimonio diplomático de varias décadas en beneficio de la búsqueda ilusoria de la condición de aliado privilegiado de los Estados Unidos. Así, la vigorosa, y a la vez exclusiva denuncia del riesgo nuclear iraní, se aleja de la posición tradicional de Francia en favor de una «desnuclearización» global de Oriente Medio: no se ha hecho ninguna referencia a la posesión de este arma por parte de otros países de la zona como Israel. Es cierto que la candidatura socialista a las elecciones presidenciales llegaba incluso más lejos, rechazando incluso la posesión de la energía nuclear civil a Irán. De igual modo, el apoyo reafirmado a la seguridad de Israel solo conoce cómo único límite el hecho de lamentar la colonización de los territorios palestinos por Israel. El atlantismo de los nuevos dirigentes franceses ha llevado hasta la decisión a principios de 2008 del establecimiento de una base militar francesa en el Golfo, sin concertar con los socios europeos los riesgos de la operación.

Igual de significativo es el cambio ideológico: la referencia recurrente a la «confrontación entre el islam y Occidente», «reto fundamental» de las relaciones internacionales actuales, en el más puro estilo huntingtoniano, es nueva en el discurso de los presidentes franceses, que se habían cuidado desde De Gaulle de gestionar los conflictos mediterráneos sin caer en el error culturalista incompatible con una lectura serena y pacificadora de las realidades transmediterráneas. Eran conscientes de que había que conceder a Francia una voz alternativa ante estos conflictos, y que esta voz europea original era esperada por los interlocutores y las sociedades del sur. A este nivel, el contraste entre la nueva política francesa en el Mediterráneo y la que se defendía en 2003 es abismal. Es cierto que la repuesta de los demás países europeos a los desafíos de la región no es mucho mejor. Demasiado realismo económico y culturalismo, e insuficiente realismo humano. Detrás de las diferencias formales y las incompatibilidades de humor entre Nicolas Sarkozy y Angela Merkel, se observan sobre todo convergencias: misma alineación con los Estados Unidos, mismo apoyo a Israel a pesar de algunas reservas, mismas re-

ticencias a abrir Europa a Turquía y al mundo musulmán, misma dificultad para asumir la proximidad humana con el sur.

Europa en busca del Mediterráneo

Nicolas Sarkozy tiene razón al afirmar que «el futuro de Europa se juega en el Mediterráneo», pero el proyecto de Unión para el Mediterráneo y sus avatares

La sola aportación positiva al retorno al Proceso de Barcelona a través de la Unión para el Mediterráneo es haber marginado la política de vecindad y su carácter unilateral para volver a poner el acento sobre el espacio mediterráneo

posteriores no aportan las respuestas adecuadas. La invención de nuevas relaciones entre Europa y el Mediterráneo está por hacer.

La sola aportación positiva al retorno al Proceso de Barcelona a través de la Unión para el Mediterráneo es haber marginado la política de vecindad y su carácter unilateral para volver a poner el acento sobre el espacio mediterráneo; sin embargo, se puede poner en duda la capacidad del nuevo concepto –aceptado por todos gracias a su inconsistencia– para reanimar un moribundo Proceso de Barcelona. Hemos vuelto a la casilla de salida, es decir a una política mediterránea de la Europa mediocre e insuficiente, incapaz de hacer frente a los desafíos que, sin embargo, son cruciales.

Lo más importante afecta a la gestión de los conflictos de Oriente Medio. En este caso, la política europea ha pasado de la indolencia de las buenas intenciones a la alineación total con la política estadounidense. Condoleezza Rice, Angela Merkel y Nicolas Sarkozy expresan su apoyo a Israel en términos casi idénticos: la condena de la colonización de los territorios palestinos sigue siendo virtual y no se acompaña de ninguna sanción práctica. La misma alineación se observa a propósito de Irán: la búsqueda por parte de los europeos de una alternativa diplomática a los discursos de guerra ya no está en el orden del día. Más grave aún es la adhesión de los europeos a la

trama de estos discursos, es decir a una visión reductora del mundo y de la región, que enfrenta a Occidente y sus aliados con el «terrorismo». Una visión de estas características justifica el desarrollo de la influencia y las actividades de la OTAN en Europa, en el Mediterráneo y hasta en Afganistán, a costa del desarrollo de una Europa de la defensa.

Está claro que no estamos preparando el futuro de la región Mediterránea al dejar permitir que persista este tipo de conflictos y maduren las ideologías que los sustentan. Al apoyar casi ciegamente a Israel y su política de colonización, Europa se hace cómplice de la injusticia contra los palestinos, una injusticia a la que la opinión árabe es mucho más sensible que al destino de un dictador como Saddam Hussein. De igual modo, al adherirse a las nuevas formas de conflicto Oriente-Occidente, los europeos se convierten en rehenes de un discurso belicista muy alejado de lo que ha pretendido promover el proyecto europeo. No es casualidad que el asunto de las caricaturas haya surgido cuando se expresaban cada vez más abiertamente las reticencias –incluso las «repugnancias», como se han atrevido a afirmar 50 parlamentarios franceses, a ver entrar en la UE a un gran país «musulmán» como Turquía. Europa tiende hoy a hacer del islam y del mundo musulmán su contraposición externa e interna, el principal espejo de su identidad. Es un cambio temible con relación al motor inicial del proyecto europeo, que apuntaba a reconstruir sobre valores universalistas y humanistas una Europa venida a menos por el enfrentamiento de los nacionalismos y el desprecio de los derechos humanos.

Mientras que las sociedades del sur del Mediterráneo nunca han estado tan próximas de nosotros, no queremos ver hasta qué punto la construcción de una frontera mediterránea de Europa pone en apuros el denso tejido de los lazos que los unen a las sociedades del norte, sobre todo en el Mediterráneo occidental, y dejamos legitimar esta frontera por argumentos de identidad, de orden cultural o confesional. Si los europeos no quieren hacer del Mediterráneo un horizonte hostil, necesitan protegerse de los efectos perversos de semejante regresión identitaria y asumir realmente su proximidad humana y cultural con el sur. Esta proximidad constituye para ellos a la vez un desafío y una ventaja que los distingue de los demás actores presentes en el escenario mediterráneo. Los europeos deben demostrar audacia conceptual, política y de imaginario institucional en la gestión del espacio humano mediterráneo para superar lo que se ha convertido en el expediente ne-

gro de las relaciones entre Europa y su sur, es decir la circulación de personas. No es evidente que la intención de adoptar un pacto migratorio europeo bajo la presidencia francesa del Consejo de Europa vaya realmente en ese sentido. A falta de preguntarse sobre los motivos y la legitimidad de la movilidad humana en un mundo globalizado, y a falta de cambiar la propensión a confinar el miedo al otro en fronteras inventadas, el proyecto europeo se arriesga a perder la función de *círculo virtuoso* que ha ejercido hasta ahora en el interior, así como en el exterior.

Este desafío afecta a todos los europeos. Podemos lamentar que el mediocre consenso político –sin respaldo popular– adoptado sobre la Unión para el Mediterráneo haya reprimido la propuesta de Unión Euromediterránea formulada por Miguel Ángel Moratinos. Esta tomaba el relevo de una sugerencia de Dominique Strauss-Kahn formulada en 2004 (en sus *Cinquante propositions pour l'Europe*), que provenía de una reflexión formulada en el Club de Marsella y en la revista *Projet* ya en 2002. Álvaro Vasconcelos también abogó, en este mismo foro el año pasado, por esta «Unión por el Mediterráneo». Esta perspectiva, incluso si está provisionalmente descartada, termina finalmente por tanto por abrirse camino en el debate, y el informe Reiffers menciona que ha sido apoyada por varios miembros del grupo de trabajo. Sin embargo, está claro que da miedo a los políticos y es poco compatible con guiones que pretenden apartar a Turquía y a los países musulmanes del espacio europeo.

La idea de Unión Mediterránea tiene sobre todo la ventaja de reunir alrededor de una misma palabra dos escenarios posibles: uno maximalista (ampliación de la UE hacia el sur), el otro minimalista (creación de

una estructura confederal alrededor de la UE). También resulta interesante porque refunda el conjunto euromediterráneo sobre una utopía común más movilizada para las sociedades civiles que el Partenariado rebajado de Barcelona o el apartheid implícito de la política de vecindad; debería por tanto ser capaz de asumir un fortalecimiento de las relaciones intermediterráneas sin entrar en contradicción con el proyecto europeo. Por otra parte, la perspectiva de pertenencia de las sociedades europeas y mediterráneas a un espacio común de paz y solidaridad ofrecería un marco de referencia más favorable para la resolución del conflicto israelo-palestino y para la superación de los malentendidos bilaterales heredados de la historia colonial. Iría finalmente en la dirección de una ampliación profundamente deseable del Consejo Europeo al Mediterráneo en materia de derechos humanos.

Referencias:

- Actas de la mesa redonda sobre «L'espace humain méditerranéen» (18-22 de abril de 2002), *AFAS Sciences*, n° 2002-3/4.
- CHEVALIER, Jean-Maire y PASTRE, Olivier (dir). «"5 + 5". L'ambition d'une association renforcée ». *Les Cahiers du Cercle des économistes*, n° 4, diciembre de 2003.
- HENRY, Jean-Robert, «L'Union euro-méditerranéenne : une utopie nécessaire», *Projet*, junio de 2002.
- VEDRINE, Hubert. *Rapport pour le président de la République sur la France et la mondialisation*, 4 de septiembre de 2007.